
La escritura de Tatiana Lobo Wiehoff: entre el archivo y la ficción¹

The Writing of Tatiana Lobo Wiehoff: Between Archive and Fiction

ANA MARÍA DÍAZ BURGOS

Oberlin College, EE.UU.
ana.diazburgos@oberlin.edu

YAMILE SILVA

University of Scranton, EE.UU.
yamile.silva@scranton.edu

Resumen: Esta entrevista a Tatiana Lobo fue la última que concedió antes de su fallecimiento. Destaca la labor de la escritora en los archivos de la época colonial y eclesiásticos, así como la necesidad de recuperar, a través de crónicas y ficciones literarias, las voces olvidadas de personajes dentro de las historias nacionales.

Palabras clave: Tatiana Lobo, archivo, época colonial, escritura, novelas, Costa Rica, Chile

Abstract: This interview of Tatiana Lobo was the last one she granted before her death. It emphasizes her work in the colonial and ecclesiastical archives as well as her intention to recover, through chronicles and narrative fiction, the forgotten voices of characters within the national past.

Keywords: Tatiana Lobo, Archive, Colonial Period, Writing, Novels, Costa Rica, Chile

Recibido: junio de 2023; **aceptado:** agosto de 2023.

Cómo citar: Díaz Burgos, Ana María, y Yamile Silva. "La escritura de Tatiana Lobo Wiehoff: entre el archivo y la ficción". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 45 (2022): 102-108. Web.

¹ Una versión completa de esta entrevista apareció originalmente en la *Revista de Estudios de Género y Sexualidades* 48.1 (2022): 177-184. Web.

Después de salir de su Chile natal y de explorar diversos lenguajes artísticos en Europa, la autora Tatiana Lobo Wiehoff se estableció en Costa Rica en 1967. Es allí donde publicó su obra literaria que la hizo merecedora de importantes reconocimientos dentro de los que se destacan el Premio Sor Juana Inés de la Cruz (1995), el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría de cuento (2003) y de novela (2000, 2004), así como el Premio de Literatura de la Academia Costarricense de la Lengua (2008). Se dio a conocer con la colección de once cuentos *Tiempo de claveles* (1989) y con la obra teatral *El caballero del V Centenario* (1989). Sus novelas incluyeron *Asalto al paraíso* (1992), *Calypso* (1996), *El año del laberinto* (2000), *El corazón del silencio* (2004) y *Candelaria del Azar* (2008). También publicó las crónicas *Entre Dios y el Diablo, mujeres de la colonia* (1993) y *Parientes en venta. La esclavitud en la Colonia* (2010). Su producción literaria combinó con maestría la labor de investigación de archivos coloniales y la recuperación de la memoria de personajes olvidados por las historias oficiales. Con esta entrevista, que resulta ser la última que concedió antes de su fallecimiento, nos unimos al homenaje que *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* le hace a esta prolífica escritora latinoamericana.

Para comenzar, nos gustaría que nos contara un poco de su trayectoria desde Chile a Costa Rica.

Nací en Puerto Montt, Chile, en 1939, una ciudad fundada por alemanes a mediados del siglo XIX, que atrajo a gente de todas partes del mundo, de tal manera que la nacionalidad chilena era una especie de consenso entre apellidos alemanes, ingleses, italianos, rusos, griegos y yugoeslavos, entre otros. Chilenos del centro del país y la etnia local, mapuche-huilliche, completaban la cantidad de unos 30,000 habitantes y como éramos de tan variado origen nunca me he sentido extranjera en ninguna parte.

Mi primer contacto con la literatura fue un acto de desobediencia. Mi padre murió cuando yo tenía siete años y mi mamá, como sucedía en esos tiempos, guardó sus libros en la parte baja del techo de dos aguas, un lugar que tenía una puerita muy pequeña por la que solo se podía entrar de rodillas. Lo prohibido seduce y un día, sin que nadie me viera, entré con una vela y vi unas cajas grandes llenas de libros. Tomé uno que se titulaba *El Príncipe*, lo tomé y me fui a disfrutar de la lectura robada. Por supuesto que no entendí nada, Maquiavelo no era autor de literatura infantil. Pero la curiosidad se encarnó en mí: ¿cómo era posible que las palabras estuvieran ordenadas en un sentido que yo no podía descifrar? Fui descubierta por alguien de la familia y, ante el terror de que se provocara un incendio, la buhardilla fue clausurada con un candado.

Ya era una adolescente, lectora voraz, cuando mi madre se trasladó a Santiago. Me encaucé hacia las artes plásticas y el teatro en la Universidad de Chile, pero tuve que interrumpir mis estudios porque, como hija mayor, era necesaria

mi contribución económica. Mis hermanos crecieron y a los 24 años me aventuré a salir de Chile para trabajar en Alemania. Volé a Buenos Aires y tres semanas después desembarqué en Hamburgo. Viví en Alemania tres años, cambiando de ciudad y de trabajo, y me casé. Ya estaba en Costa Rica cuando fue el golpe de Augusto Pinochet en Chile, un evento que sentí como una herida por la que desaparecía gente querida. A partir de ese momento, mis vínculos con Chile se debilitaron y, por intercambios universitarios de mi esposo, estuve dos años en Madrid donde estudié cerámica y estuve otro año en Rumanía donde tomé clases de escultura. Entonces, llegó el momento en que el periódico de mayor tiraje en Costa Rica me ofreció la oportunidad de escribir reportajes y, luego, publiqué artículos sobre temas variados en el *Semanario* de la Universidad de Costa Rica durante 40 años. Así comencé a escribir.

Nos interesa mucho su labor de archivo y la manera en que la compagina con su escritura de ficción. ¿Cómo llega a explorar los archivos coloniales costarricenses?

Cuando llegué al Archivo Nacional de Costa Rica, ya escribir era un placer para mí, y fui para investigar la historia de Pablo (Pabru) Presbere, rey indígena de la comunidad Suinse que lideró una insurrección contra las autoridades españolas en 1709. Es un héroe olvidado por la historia colonial costarricense. ¿Por qué investigar a Presbere? Por una deuda de gratitud con las comunidades indígenas de Costa Rica con las que había estado trabajando en un proyecto del gobierno para rescatar su artesanía. Mi idea original era una monografía de hasta 25 páginas. La experiencia de entrar por primera vez en un lugar donde se guarda y protege papel escrito que tiene cientos de años de antigüedad, le dio a mi vida una nueva dirección. Antes de ser el hermoso edificio que ahora es, en los años 80s del siglo pasado, el Archivo Nacional de Costa Rica ocupaba una casa de dos pisos muy pequeña y muy incómoda donde la investigación se hacía alrededor de una mesa común, codo con codo. Trabajé en medio de historiadores, profesores y genealogistas, habituales buenos conocedores del lugar. En ese momento, me vieron como un bicho raro, sin aval académico, extranjera y sin un árbol genealógico para escudriñar en el archivo. Pedí la documentación de un caso interesante, el de un fraile franciscano del año 1705 dedicado al contrabando de esclavos africanos con piratas holandeses. Pero cuando me trajeron el documento me encontré en la lamentable situación de no saber decodificarlo. Sentí miradas de reojo y me pareció escuchar un murmullo de risitas sofocadas. Intenté disimular mi bochorno y entonces mi compañero de mesa me dijo con un tono caritativo, “si no podés leer tenés que tomar un curso de paleografía con la profesora Quirós en la Universidad de Costa Rica”. Salí del Archivo decepcionada, pensando que lo mejor sería abandonar mi proyecto. Pero algo en mi amor propio me llevó a la universidad y me inscribí como alumna libre en un curso de paleografía con la profesora recomendada por mi compañero de mesa en el archivo. Gracias a Claudia Quirós, aprendí a leer la enrevesada caligrafía de los notarios de la época y ya no pude resistir la curiosidad por los documentos del archivo. Así, la seducción se transformó en adicción. Durante los días de

semana, era la primera en llegar al archivo y la última en salir. Compré la mejor lupa que encontré para internarme en ese mundo desconocido de personajes históricos, que se abría ante mis ojos insaciables como una película de ficción. Reía tanto que me hacían callar porque perturbaba el trabajo de los demás. Olvidé la idea de las barbaridades contenidas en los viejos folios que los empleados del archivo me trajeron para iniciar la monografía; la novela estaba ahí, solo era cuestión de capturarla entre la maraña de información. Y así fue como comencé a escribir *Asalto al paraíso*. Durante mis lecturas aparecieron los esclavos y las mujeres y yo tomaba nota con el propósito de escribir sus crónicas. De esta manera, pasé diez años en el Archivo Nacional y también consulté el de la Curia Metropolitana, hoy el Archivo Histórico Arquidiocesano, que en aquel entonces no tenía las restricciones de consulta que tiene hoy. En ese entonces, yo misma podía entrar a la sección colonial, subirme a una escalera y escudriñar en las cajas que guardaban la historia eclesiástica donde aparecía la Inquisición. La gente que investiga en los archivos antiguos sabe que hay un momento en que se entra en una especie de trance. Una vez, al abrir un legajo que tenía las páginas pegadas por la humedad, salió del viejo papel un fuerte olor y creí que era tabaco acumulado en las páginas, como se resguardaba la vieja tinta. Me aclararon que era el efecto de los cigarrillos del Obispo Monseñor Víctor Sanabria quien pasaba las noches fumando y leyendo en el archivo. A otro Obispo, Monseñor Bernardo Thiel, le debo lo más divertido de mi proceso investigativo, pues escribió un catálogo chismoso de casos de adulterios y cosas por el estilo, que le ponían una nota pícaro y alegre a la seriedad de la Historia. Fue también en el archivo de la Curia donde pude develar los juicios de la Inquisición, otro gran secreto de la historiografía costarricense que hasta el día de hoy sigue sin investigarse. No encontré casos de brujas pero eso no quiere decir que no las hubiera. Mi investigación seguía rumbos muy libres y era completamente ajena a las normativas académicas.

En 1992, el Quinto Centenario de la llegada de Cristóbal Colón a las Américas coincide con la fecha de publicación de su novela *Asalto al paraíso*. ¿Podría contarnos cuáles fueron algunos de los retos que le significaron revisar la historia oficial? y ¿podría ahondar en los efectos de la presencia inquisitorial en los ámbitos sociales y políticos de Cartago?

Fue una coincidencia que *Asalto al paraíso* apareciera publicada el mismo año del Quinto Centenario. Para conmemorar esta fecha yo había escrito *El Caballero del V Centenario*, obra de teatro satírica que no ha sido llevada al escenario. Quizás nadie se atreve a hacerlo porque en la versión oficial y en el imaginario nacional de Costa Rica el período colonial fue una época bucólica, de vida apacible, ejemplarizada en el mito del “labriego sencillo”. Todo lo que contradice este mito es peligroso y, en mi caso, el cuestionamiento a los mitos es doblemente grave por mi condición de extranjera. De manera que no hay trabajos académicos y no académicos que hayan tomado como objeto de investigación la Inquisición en la Costa Rica de hoy. El Santo Oficio no aparece mencionado en textos oficiales ni en publicaciones privadas. Lo que no se nombra,

no existe, pero los documentos del archivo hablan. El cargo de Comisario del Santo Oficio recaía en el Vicario de Cartago, quien prefería el embargo de bienes, un negocio muy rentable, antes que financiar el largo viaje a las hogueras de México como exigía el ordenamiento colonial. Pero no por eso el tribunal inquisitorial generaba menos miedo en la pequeña y aislada Costa Rica, provincia de la Capitanía General de Guatemala. La reducida población prefería vivir río por medio, con la mayor distancia posible de sus vecinos, para evitar denuncias por amancebamiento, blasfemias o incesto. Como el incesto era muy frecuente, el aislamiento y la distancia favorecían el abuso del padre y los hermanos a las mujeres. Uno de estos casos aparece en *Asalto al paraíso* y otros en *Entre dios y el diablo*. El miedo a las delaciones que sofocó la vida en los siglos coloniales y el miedo al vecino se manifiestan hoy en Costa Rica en el trato desconfiado con otros en el Valle Central del país y en el lenguaje codificado y cauteloso que los costarricenses utilizan.

Nos gustaría saber sobre las tensiones de género y las estructuras patriarcales que encontró en esos archivos, cómo se contrastan con los parámetros que usted destaca en cada historia y cómo han cambiado recientemente.

En cuanto a las mujeres, no deja de asombrarme que fueran tan empoderadas, lejos de esa figura sumisa en el imaginario latinoamericano. Las españolas y criollas de casta eran comerciantes, administraban fincas y haciendas cuando sus maridos se ausentaban; eran prestamistas, traficaban esclavos con los piratas ingleses y le hacían frente al Cabildo y hasta a la excomunión, a pesar de que eran muy pocas las que sabían escribir. Águeda Pérez es uno de estos personajes históricos de *Asalto al paraíso* cuyo nombre conservé, así como su personalidad.

En *El año del laberinto*, a través del personaje de Sofía Medero y su asesinato, presenta una reflexión sobre los móviles de los crímenes pasionales y las consecuencias sociales, que se entrecruzan con el ambiente político de las actividades independentistas cubanas orquestadas desde Costa Rica a finales del siglo XIX. Nos interesa que ahonde en el tipo de investigación que llevó a cabo para esta novela y cómo se contrastó con las que había realizado para sus obras anteriores. Además, ¿podría explicarnos un poco su decisión de utilizar la voz de la difunta Medero para abordar este tema político?

El año del laberinto no estaba en la lista de mis investigaciones en el archivo. Mientras buscaba casos para un libro que se habría llamado *Tu amor me mata*, tropecé con una revista del siglo XIX donde se comentaba un feminicidio que sacudió a la sociedad de Cartago y San José. Los periódicos le habían dado gran cobertura y, hablando con la madre de una amiga mía, supe que el escándalo había sido tan fuerte que se prolongó a la generación siguiente. Como se trataba de la bisabuela de un ex-presidente de Costa Rica, cambié los nombres. La novela comienza con el asesinato de la protagonista, así que se me ocurrió darle voz transformándola en fantasma y dándole a la novela un carácter testimonial.

La investigación para esta obra fue larga. Además de las fuentes documentales en los archivos de Costa Rica, estuve un mes en Cuba investigando en los archivos de Santiago, recorriendo los lugares de la infancia del personaje y las calles donde vivieron los personajes cubanos históricos como Antonio Maceo. No faltaron sobresaltos. Por ejemplo, en la pequeña iglesia de Palma Soriano, vi los viejos libros de bautismo y, entre ellos, estaba el que tenía el registro de mi protagonista. Pero el sacerdote del recinto me dijo que no podía abrir el mueble porque no tenía la llave. ¡Sin embargo, yo no podía perder el viaje! Entonces hice una donación de cinco dólares y así tuve acceso a la constancia de que mi protagonista no era una ficción literaria. Sin embargo, parece que en Cuba no fue bien vista mi interpretación de la historia, ya que tiempo después conocí, en Costa Rica, a un alto mando del ejército cubano en retiro. Esta persona había leído la novela pero no pareció muy entusiasmado con el perfil que creé de Antonio Maceo.

¿Podría hablarnos de las motivaciones que tuvo para escribir su novela *El corazón del silencio*, que presenta una mirada hacia su Chile natal, y comentar los desafíos que tuvo al explorar los temas del exilio y la dictadura?

El corazón del silencio fue un intento de recuperar algunos recuerdos de la casa de mis abuelos maternos. Me situé en el marco de la dictadura militar para contar lo que pudo ser una familia corriente dentro de la represión provocada por el golpe de estado. Como yo ya estaba en Costa Rica cuando eso sucedió, tuve que recurrir a fuentes documentales de derechos humanos y denuncias para describir lo que aparece en la novela. Sobre esta base levanté la ficción. Lo único real es la descripción de la casa.

Aparte del reconocimiento nacional e internacional de su obra ¿cuál cree que sería su legado más importante para las generaciones futuras de escritoras latinoamericanas?

Tampoco pienso en legados ya que no creo que, en el oficio tan personal de escribir exista nada que le sirva a otras personas. Cada uno tiene su visión del mundo. Me gusta escribir y compartir lo que escribo y me alegro mucho cuando alguien me dice que le gustó. Eso y que Pablo Presbere haya sido declarado héroe nacional porque la novela sobre este personaje apareció en 1992 y la Asamblea Legislativa lo declaró Benemérito de la Patria en 1997.

Muchas gracias, Tatiana, por aceptar esta entrevista y por compartir su fascinante trayectoria de vida y de escritura; también por subrayar los retos y gratificaciones de trabajar con archivos coloniales y la necesidad de recuperar las voces olvidadas de personajes dentro de las historias nacionales.

Publicaciones selectas de Tatiana Lobo Wiehoff

Tiempo de claveles. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica, 1989. Impreso.

Asalto al paraíso. San José, Costa Rica: EUCR, 1992. Impreso.

Entre Dios y el Diablo. Mujeres de la Colonia. San José, Costa Rica: EUCR, 1993. Impreso.

Calypso. San José, Costa Rica: Grupo Editorial Norma, 1996. Impreso.

El año del laberinto. San José, Costa Rica: Grupo Editorial Norma, 2000. Impreso.

El corazón del silencio. San José, Costa Rica: Grupo Editorial Norma, 2004. Impreso.

Parientes en venta. La esclavitud en la Colonia. San José, Costa Rica: Uruk Editores, 2010.
Impreso.

El puente de Ismael. San José, Costa Rica: REA Ediciones, 2014. Impreso.